M. FABIO QUINTILIANO

AL LIBRERO TRIPHÓN

Me andabas importunando todos los días para que diese principio a la publicación de mis libros sobre la instrucción del orador, que había dirigido a mi amigo Marcelo. Por lo que a mí toca, no pensaba estar la obra en sazón, habiendo empleado en trabajarla (como eres buen testigo) poco más de dos años, pero embarazado en varias ocupaciones; tiempo que por la mayor parte he gastado en discurrir sobre esta materia casi infinita, y en la lección de innumerables autores, más que en escribir. Siguiendo por otra parte el precepto de Horacio en su *Arte Poética*, que aconseja no apresuremos la publicación de nuestro trabajo, sino que le tengamos reservado por el discurso de nueve años, dejaba descansar la obra, para que, calmando aquel amor que tenemos a lo que es parto de nuestro entendimiento, la pudiese yo examinar con menos pasión, leyéndola como si no fuese cosa mía. Pero si es tan deseada su publicación como me aseguras, salga enhorabuena al público, y deseemos que tenga buena ventura, pues confío que por tu cuidado y diligencia llegue a sus manos muy enmendada.

INSTITUCIONES ORATORIAS

DE M. FABIO QUINTILIANO

A MARCO MARCELO VICTORIO

(I)

PROEMIO

I. El motivo de haber escrito estas INSTITUCIONES ORATORIAS y dedicarlas a Marcelo Victorio.—II. Pretende en ellas formar un orador consumado, ya en las costumbres, ya en la ciencia, haciendo ver que los antiguos no distinguieron ésta de la sabiduría.—III. División de toda la obra.—IV. Estilo que observa en estos preceptos y a quiénes podrán aprovechar.

I. Conseguido que hube el descanso de mis tareas literarias, empleadas por el espacio de veinte años en instruir la juventud, pidiéndome algunos amistosamente que trabajase algo sobre la oratoria, por largo tiempo lo rehusé, por saber que autores de grande reputación en ambas lenguas dejaron a la posteridad mucho trabajado a este propósito, y con el mayor esmero. Pero lo que me movía a mí más para desenredarme de este encargo, eso mismo los empeñaba a ellos más en su demanda; y era que entre tanta variedad de opiniones de los antiguos, y a veces encontradas unas con otras, era difícil la elección; porque (a lo que yo llegué a entender) me pedían, no que escribiese algo de nuevo, sino que a lo menos diese mi voto sobre lo que escribieron los antiguos. Y aunque no tanto me movía la dificultad de la

Escaneado con CamScanner

empresa, cuanto tenía reparo en excusarme a sus ruegos; descubriendo después más campo del que presentaba la materia, voluntariamente me tomé más trabajo del que me encomendaban, ya para ganarme más a mis amigos con este nuevo obsequio, ya por no seguir ajenas huellas en camino trillado. Porque cuantos escribieron en materia de elocuencia, trataron de ella con tanto primor, como si escribiesen para gente instruída a fondo en todas las demás ciencias, ya porque despreciaban, como cosa de poco valor, los primeros estudios del hombre, ya porque no tenían por obligación suya tratar de esto, siendo distintos, y diversos entre sí, los objetos de las artes; ya fuese (y esto es lo más verosímil) porque no esperaban ninguna reputación de un trabajo que, aunque necesario, está muy apartado de la alabanza y lucimiento; sucediendo aquí lo que en los edificios, que, sepultados los cimientos, únicamente luce lo que descuella sobre la tierra. Mas yo, que ninguna cosa tengo por ajena de la oratoria (sin lo que es preciso confesar que no puede darse orador), y que estoy en la persuasión de que en ninguna materia puede aspirarse a la perfección, sino pasando por los principios, no me desdeñaré de descender a estas menudencias, sin las que no se pueden conseguir otras cosas de mayor importancia. Comenzaré, pues, por los estudios que deben formar un orador desde la infancia, no de otra manera que si se me hubiese encomendado su educación.

El cual trabajo te lo dedico, Marcelo Victorio, por juzgarte digno de este don y prenda de nuestra amistad recíproca, no sólo en atención a la estrecha que hay entre los dos y al encendido amor que tienes a las letras (motivos que por sí solos bastaban), sino porque estos libros me parecen muy del caso para la instrucción de tu hijo, cuyos primeros años dan claro indicio de que ha de lucir su ingenio, a los cuales tenía intención de dar principio por los primeros rudimentos de la oratoria, continuando por aquellas artes que pueden contribuir algo al que ha de seguir esta carrera hasta llegar a la perfección y complemento de esta obra.

Me he determinado a tomar este trabajo con tanta más razón por ver que andaban ya en mi nombre dos libros de retórica, los que ni yo di a luz ni los trabajé con este fin; porque el primero contenía aquellas instrucciones privadas que di a mis discípulos en dos días que ellos escribieron, y habiendo copiado el segundo en muchos más a fuerza de cifras (1), otros jóvenes aficionados míos, inconsideradamente, les hicieron el honor de publicarlos. Por donde en estos libros habrá muchas cosas de aquéllos repetidas, otras muchas mudadas, muchísimas añadidas, pero todas mejoradas y dispuestas en el mejor orden posible.

II. Formamos en ellos un orador perfecto, el que no puede serlo no acompañándole las buenas costumbres; por donde no sólo quiero que en el decir sea aventajado, sino en todas las prendas del alma; porque nunca concederé que eso de vivir bien y honestamente se ha de dejar, como algunos pretenden, para los filósofos; como sea cosa cierta que el hombre verdaderamente político, acomodado para el gobierno público y particular, capaz de gobernar con sus consejos las ciudades, fundarlas con leyes y enmendarlas con los juicios, no es otro que el orador (2). Y así, aunque confieso que me valdré de algunas sentencias que se encuentran en los libros de los filósofos, resueltamente digo que éstas son obras nuestras y que pertenecen a la oratoria, porque ocurriendo muchas veces hablar de la justicia, for-

(1) Cifras y abreviaturas de los que tomaban apuntes al oído.

(2) Pretende aquí Quintiliano reformar la opinión de muchos antiguos de que al orador sólo tocaba tratar y defender sus causas con habilidad y destreza, y no el vivir honesta y arregladamente. *En vano pretende mover a otro a la virtud, quien no la conoce:* Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.—HORAT., *Art. Poét.*

Escaneado con CamScanner

taleza, templanza y otras virtudes semejantes, y tanto que apenas habrá causa alguna en que no se ofrezca alguna cuestión de éstas, debiéndose explicar todo esto en la invención y elocución, ¿dudará alguno que los oficios del orador consisten en todo aquello para lo que se requiere la fuerza del ingenio y la facundia en el decir?

Y así como estas cosas se hallan juntas en la naturaleza, así también se hallan en las obligaciones del orador, como lo colige muy claramente Cicerón (3); de forma que los que fuesen tenidos por sabios igualmente fuesen reputados por elocuentes. Dividióse después esta facultad, haciendo la pereza que apareciese no una, sino muchas, porque luego que se hizo comercio del arte de hablar y se comenzó a abusar de los bienes de la elocuencia, los que eran tenidos por elocuentes abandonaron el cuidado de las costumbres, y abandonado éste, fué como presa de los malos ingenios. De aquí resultó que éstos, despreciando el trabajo de bien decir, y aplicándose a formar los corazones y dar leyes para vivir, conservaron la mejor parte (si es que esta facultad admitía división), y se apropiaron un título lleno de arrogancia; de forma que ellos solos vinieron a llamarse amantes de la sabiduría, título que jamás tuvieron la osadía de atribuirse ni los emperadores más grandes ni los que con el mayor lucimiento se emplearon en la consulta de asuntos de la mayor importancia y en el gobierno de toda la república, pues antes quisieron hacer cosas muy buenas que prometerlas. Y vengo bien en que entre los que antiguamente hicieron profesión de sabios, muchos no solamente dieron buenos preceptos, sino que vivieron conforme a lo que enseñaron; mas en nuestros días, bajo la capa de este nombre de sabios, se encubrieron vicios muy enormes en la mayor parte de los

(3) Toda esta doctrina de Quintiliano la trata con mucha extensión Cicerón: *De Oratore*, caps. 56, 62, 71, 73, 107, 108, 122, 123.

profesores, porque no procuraban ser tenidos por filósofos por la virtud y letras, sino que con el velo de un semblante tétrico y vestido diferente de los demás (4), encubrían sus costumbres muy estragadas.

Mas al presente todos los días nos ponemos a tratar de aquellas materias que son peculiares de la filosofía. Porque ¿quién, por malo que sea, no habla ahora de lo bueno y justo? ¿Quién, aun de los hombres del campo, no disputa sobre las causas naturales? La propiedad y diferencia de los términos debe sin duda ser común a todos los que cuidan del lenguaje; pero el orador las debe saber y hablar con mucha perfección, el cual, si en algún tiempo hubiera sido consumado, nunca se mendigarían de las escuelas de los filósofos los preceptos de la virtud. Ahora se hace preciso recurrir alguna vez a aquellos autores que se apropiaron, como llevo dicho, una parte de la oratoria, y la mejor, que estaba abandonada, y pedirles lo que en cierto modo es nuestro; esto no para valernos de lo que inventaron, sino para hacer ver que se aprovecharon de invenciones ajenas (5).

Sea, pues, tal el orador que pueda con verdad llamarse sabio; y no solamente consumado en las costumbres (porque esto no basta, según mi alcance, aunque hay quien sien-

(4) Llegóse en cierta ocasión a Herodes ateniense, miembro del Areópago, a pedirle una limosna un cierto hombre en traje y aspecto venerable, barba larga hasta la cintura y con capa de filósofo. *¿Quién eres?*, preguntó Herodes. *Mucho extraño*, respondió el pobre con voz grave y en tono de reprehensión, *que preguntes lo mismo que ves.* Herodes replicó: *Lo que veo es la barba y la capa; pero no veo nada de filósofo.*—AULO GELIO, lib. IX, cap. 2.

(5) Insinúa en este lugar lo mismo que apuntó arriba, que la moral y aun todas las demás facultades se incluían en lo antiguo en el estudio de la elocuencia. Este es el mismo pensamiento de Cicerón: *El orador, de cualquiera cosa que trate, trata de materia propia suya.—De Orat. perf.*

Escaneado con CamScanner

ta lo contrario), sino en la ciencia y facultad de decir, cual quizá no ha habido ninguno hasta el día de hoy (6). Mas no por eso hemos de trabajar menos por llegar a la perfección, como muchos de los antiguos lo practicaron, los cuales, dado caso que creían no haberse encontrado ningún hombre perfectamente sabio, no obstante dieron preceptos de sabiduría; porque la elocuencia consumada es ciertamente una cosa real, a que puede arribar el ingenio del hombre, y dado caso que no lo consiga, con todo, los que se esfuercen para llegar a lo sumo se remontarán mucho más que aquéllos, que, desesperanzados de llegar donde pretenden, no se levantan un palmo sobre la tierra.

III. Por donde con mayor razón se me disimulará, si no paso en silencio ni aun las cosas más menudas, pero necesarias a la obra que hemos emprendido. Atento que el primer libro contendrá lo que antecede al oficio del orador. En el segundo trataremos de los primeros elementos y cuestiones de lo sustancial de la retórica. Después emplearemos cinco libros en la *Invención,* a la que sigue la *Disposición:* cuatro en la *Elocución,* donde entra la *Pronunciación* y *Memoria.* A éstos se añadirá uno, en el que formaremos el orador, tratando, en cuanto lo permitan nuestras cortas fuerzas, qué tales han de ser sus costumbres, qué regla debe guardar en encargarse de las causas, en aprenderlas y defenderlas; qué género de elocuencia debe seguir y qué fin sea el de la oratoria y cuáles sus estudios.

IV. A todo lo dicho se juntará, como lo pidiere la ocasión, la manera de perorar, que no solamente instruya a los aficionados en el conocimiento de aquellas cosas, a las que únicamente dieron algunos el nombre de *arte,* e interprete

(6) Según esto, el orador perfecto debe abarcar nada menos que la enciclopedia de todas las ciencias y artes. *En el perfecto orador se halla toda la ciencia de los filósofos.*—CICERÓN en el mismo lugar.

el derecho (7) de la retórica (para explicarme en estos términos), sino que asimismo pueda fomentar la facundia y aumentar las fuerzas de la oratoria. Porque de ordinario los preceptos por sí solos, afectando demasiada sutileza, destruyen y despedazan cuanto hay de más noble en el discurso, se llevan todo el jugo del ingenio y le dejan en los huesos; los cuales, así como debe haberlos y estar sujetos con los nervios, así deben estar cubiertos con la carne. Por tanto, en estos doce libros no hemos formado un compendio, como han hecho los más, sino cuanto puede servir para instruir al orador, haciendo una breve demostración de todo, porque si hubiéramos de decir cuanto se ofrece en cada cosa, sería nunca acabar.

Pero una cosa se debe afirmar sobre todo, y es que de nada aprovecha el arte y los preceptos cuando no ayuda la naturaleza (8). Por donde el que no tiene ingenio entienda que de tanto le aprovechará lo que hemos escrito cuanto a los campos naturalmente estériles el cultivo y la labranza. Hay también algunas cosas con que ayuda la naturaleza, como la voz, el pecho de aguante, robustez, firmeza de cuerpo y gracia; en todo lo cual si la naturaleza nos fué escasa, la razón lo puede aumentar (9); pero la

(7) Entiende los preceptos necesarios de la retórica, aludiendo al estilo de aquellos abogados que no hacen más que interpretar las leyes frío y secamente.—ROLLIN.

(8) Esta observación tiene lugar en todas las artes, tanto mecánicas como liberales. En vano se afana el que va contra la inclinación natural en alguna facultad. Horacio dice lo mismo, *Art. Poét.,* vers. 408. Y hablando de lo mismo Cicerón quiere *que en caso de faltar una de las dos cosas, es menos falta la de los preceptos que la del ingenio; aunque, si por dicha llegan a juntarse ambas cosas en uno, entonces hace prodigios la naturaleza.*—*Pro Archia,* núm. 8.—Pero contemos siempre que a nadie ésta le crió igualmente grande para todo, antes dice Salustio, *que en medio de tantos caminos para serlo a cada cual muestra el suyo.* Cat. bell., 2. *Naturae sequitur, semina quisque sua.* Pro.

(9) Habla de aquellos dotes corporales del ademán, en los que

Escaneado con CamScanner

falta de esto a veces viene a destruir las prendas del ingenio y del estudio, así como, aun teniendo estas cosas, por sí nada aprovechan sin un sabio maestro, sin estudio emprendido con tesón y sin el ejercicio continuo de escribir, leer y declamar.

---

estriba la pronunciación, y cuyos defectos, aunque sean sacados de la naturaleza, los puede enmendar el ejercicio ayudado de la razón. Parece tuvo presentes a Demóstenes y Cicerón, de los cuales el primero tenía muy poca fuerza del pulmón, débil voz, y tan tartamudo, que le afeaba toda la pronunciación; pero llevando una piedrecita en la boca para gastar y limar la lengua, afinó la voz, y para darla más corpulencia iba con frecuencia a la playa del mar, donde se estrellaban las olas en los peñascos, y la esforzaba hasta tanto que se sintiese entre su ruido y bramido. Cicerón cuenta de sí mismo que era también algo desairado en la acción y de voz lánguida y afeminada; pero con el trabajo venció estos defectos naturales.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

DE LA EDUCACIÓN DEL QUE HA DE SER ORADOR

I. A la mayor parte de los niños no les falta ingenio, sino aplicación.—II. Qué tales deben ser las nodrizas, padres, ayos y compañeros que han de tener los niños.—III. Se debe comenzar por el estudio de la lengua griega.—IV. Los niños antes de los siete años son capaces de instrucción... Esta no se debe anticipar mucho... Por qué desciende a estas menudencias.—V. Del leer y escribir.

I. Nacido el hijo, conciba el padre las mayores esperanzas de él, pues así pondrá mayor esmero desde el principio. Porque es falsa la queja de que son muy raros los que pueden aprender lo que se les enseña, y que la mayor parte por su rudeza pierden tiempo y trabajo; pues hallaremos, por el contrario, en los más facilidad para discurrir y aprender de memoria, como que estas dos cosas le son al hombre naturales. A la manera que la naturaleza crió para volar a las aves, a los caballos para la carrera y para embravecerse a las fieras, no de otra suerte nos es peculiar a los hombres

Escaneado con CamScanner

el ejercicio y perspicacia del entendimiento, por donde tenemos el origen del alma por celestial. El nacer algunos rudos e incapaces de enseñanza, tan contra lo natural es como lo son los cuerpos gigantescos y monstruosos, que son muy raros. Prueba es que en los niños asoman esperanzas de muchísimas cosas: las que si se apagan con la edad, es claro que faltó el cuidado, no el ingenio. Vengo bien en que uno aventaje en el ingenio a otro; pero esto será para hacer más o menos; mas no se encontrará ni uno sólo en quien no se consiga algo a fuerza de estudio. El padre que reflexione esto muy bien, ya desde el principio aplicará el mayor cuidado para lograr las esperanzas del que se va proporcionando para la oratoria.

II. Ante todas cosas, no sea viciosa la conversación de las ayas, las que quiere Crysipo que sean sabias, si ser puede; pero a lo menos que se escojan las mejores. En ellas, sin duda alguna, debe cuidarse sobre todo de las buenas costumbres y de que hablen bien, pues ellas son las primeras a quienes oirán los niños, y cuyas palabras se esforzarán a expresar por la imitación. Porque, naturalmente, conservamos lo que aprendimos en los primeros años, como las vasijas nuevas (10), el primer olor del licor que recibieron, y a la manera que no se puede desteñir el primer color de las lanas. Y cuanto estos resabios son peores, tanto más fuertemente se nos imprimen. Lo bueno fácil cosa es que se mude en vicio; pero el vicio, ¿cuándo lo mudarás en virtud? No se acostumbre, pues, ni aun en la infancia, a un lenguaje que haya que hacer olvidar.

Los padres quisiera yo que tuvieran muchísima erudición,

(10) Es pensamiento de Horacio:

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem
Testa diu.—Lib. I, Epistol. 2.

aunque no trato solamente de ellos. Sabemos que para la elocuencia de los Gracos contribuyó no poco su madre Cornelia (11), cuya doctísima conversación llegó a la posteridad por sus cartas. De la hija de Lelio se dice que imitaba en el lenguaje la elocuencia del padre; y del razonamiento que hizo a los triunviros la de Q. Hortensio leemos que, aun en boca de un hombre, le haría honor (12). Ni deben tener menor empeño en la educación de los hijos aquellos que no tuvieron la dicha de aprender, antes mayor por lo mismo en todo lo demás.

Lo mismo que de las ayas, decimos de los niños, entre quienes se ha de criar el que está destinado a este fin. De los ayos con tanta más razón se debe cuidar que, o sean sabios, en lo que se debe poner el mayor empeño, o que no presuman que lo son, pues no hay cosa más perjudicial que aquellos que, no habiendo pasado de las primeras letras, están persuadidos que son sabios. Los tales llevan a mal el ceder a los que lo son, y con un cierto derecho de autoridad que hace hinchada a esta clase de hombres, por lo común imperiosos, y a veces crueles, enseñan a los alumnos sus necedades. Sus errores perjudican no menos a las costumbres. De Leonides, ayo de Alejandro, cuenta Diógenes Babilonio haberle enseñado ciertos vicios, que le fueron acompañando siendo adulto, y hasta el trono, desde la educación en su niñez.

Si a alguno le parece que pido mucho, atienda a que el formar un orador es ardua empresa; y que aun cuando nada se omita para esto, es mucho más y lo más dificultoso lo que queda por hacer. Porque se necesita de un estudio sin intermisión, de maestros los más excelentes y de muchas ciencias. Por donde se ha de enseñar lo mejor, lo cual si

(11) Véase sobre este punto a Cicerón *in Bruto*, 211.
(12) Valerio Máximo, lib. VIII, cap. 3.

Escaneado con CamScanner

alguno rehusare el hacerlo, el defecto estará en el hombre, no en el talento.

Pero si no se lograsen las ayas, ayos y compañías cuales yo quiero, a lo menos haya un maestro continuo que sea de buena pronunciación, y corrija al punto lo que en presencia del discípulo pronunciaron viciosamente aquéllos, no permitiendo que haga vicio; pero con tal que se llegue a entender que el consejo que primero di es lo acertado y esto un remedio.

III. Me inclino más a que el niño comience por la lengua griega (13), pues la latina, que está más en uso, la aprendemos, aunque no queramos; y también porque primeramente debe ser instruído en las letras y ciencias griegas, de donde tuvo origen nuestra lengua. Mas no quiero que en esto se proceda tan escrupulosamente que hable y aprenda por mucho tiempo sola la lengua griega, como algunos lo practican, pues de aquí dimanan muchísimos defectos, ya en la pronunciación extraña, ya en el lenguaje, los cuales, pegándoseles por la larga costumbre del idioma griego, vienen también a endurecerse en un modo de hablar diverso de los demás. Y así, a la lengua griega debe seguir la latina para aprenderlas a un mismo tiempo. Así sucederá que, conservando con igual cuidado el estudio de ambas, ninguna dañará a la otra.

IV. Pensaron algunos que no debían aprender letras los niños antes de siete años, por no ser aquella edad capaz de instrucción ni apta para el trabajo, la cual opinión siguió

(13) Infiérese de la autoridad de Quintiliano que, siendo para los romanos, para quienes escribía, la lengua griega lo mismo que para nosotros la latina, cuando aprenden ésta nuestros niños no deben olvidarse de la lengua patria: antes enseña la experiencia que, yendo ambas a dos pareadas, son más sazonados y anticipados los conocimientos del latín. Por otra parte, es una curiosidad impertinente empeñarse en aprender idiomas extraños y olvidarse del propio.

Hesiodo, según dicen muchísimos anteriores al gramático Aristófanes, pues éste fué el primero que negó ser de este poeta el libro de los *Preceptos*, donde esto se encuentra. Pero otros, y entre ellos Eratóstenes, enseñaron lo mismo. Mejor fundados van los que quieren que ninguna edad esté ociosa, como Crysipo, pues aunque concede tres años para el cuidado de las ayas, pero para eso dice que éstas deben ir formando el entendimiento del niño con los mejores conocimientos. ¿Y por qué no ha de ser capaz de instrucción una edad que lo es para irse formando en las costumbres? Bien me hago cargo que en todo el tiempo de que hablamos apenas se podrá adelantar tanto, como más adelante en un solo año; pero con todo eso me parece que los que así sintieron, atendieron en esta parte más a los maestros que a los discípulos. Por otra parte, ¿qué otra cosa mejor podrán hacer luego que sepan hablar? Porque es preciso que en algo se empleen. O ¿por qué hemos de despreciar hasta los siete años esto poquillo que se puede adelantar? Pues dado caso que sea poco, se va a lograr el que aprenda cosas de mayor entidad en aquel mismo año en que tendría que aprender estas menudencias. Esto que se va dilatando todos los años, al fin de la cuenta va a decir mucho; y todo el tiempo que se ganó en la infancia, aprovecha para la juventud. Lo mismo debe entenderse de los años adelante, para que lo que se ha de aprender no se aprenda tarde. No perdamos, pues, el tiempo al principio, y con tanta más razón cuanto los primeros rudimentos dependen de la memoria, la que no solamente se encuentra en los niños, sino que la tienen muy firme.

Ni estoy tan ignorante de lo que son las edades, que juzgue que se debe apremiar y pedir un trabajo formal en los primeros años. De esto debemos guardarnos mucho para que no aborrezca el estudio el que aún no puede tenerle afición, y le tenga después el odio que una vez le llegó a

Escaneado con CamScanner

cobrar. Esto ha de ser como cosa de juego: ruéguesele al niño, alábesele, y a las veces alégrese de lo que sabe. Enséñese a veces a otro, aunque él lo repugne, para que tenga emulación; otras vaya a competencia con él, y hágasele creer las más veces que él lleva la victoria; estimúlesele también con aquellos premios que son propios de la edad (14).

Menudas son las cosas que enseñas (dirá alguno), habiendo prometido formar un orador; pero entienda que aun en las letras hay su infancia, y a la manera que la formación de los cuerpos que han de ser muy robustos comienza en la leche y la cuna, así el que ha de ser con el tiempo un orador elocuentísimo, hizo, para explicarme en estos términos, sus pucheritos, fué balbuciente e hizo garabatos en la formación de las letras. Y no porque no baste el saber una cosa diremos que no es necesaria. Y si ninguno reprende a un padre que tiene por preciso enseñar esto a su hijo, ¿por qué se condenará el hacer común lo que uno practicaría en su casa? Tanto más cuanta es la facilidad con que los niños aprenden las cosas pequeñas; y así como hay ciertos movimientos, a los que sólo puede hacerse el cuerpo tierno, así también sucede con los ánimos, que, endurecidos, se inhabilitan para la enseñanza. ¿Hubiera querido por ventura Filipo que su hijo Alejandro fuese instruído por Aristóteles, el filósofo más consumado de aquellos tiempos, o éste hubiera tomado este cargo, a no entender que convenía que los principios los enseñase también un maestro

(14) Esta observación de Quintiliano, comprobada con la práctica que él tenía, y con la experiencia de todos los días, nos enseña que el castigo y rigor del maestro sólo sirve para inspirar horror a las letras en el ánimo de quien todavía no puede conocer sus ventajas. Entiendan los ayos, maestros y preceptores que su oficio no es domar potros ni domesticar tigres, sino formar el corazón y el ánimo de una naturaleza racional: arte, que en sentir de San Juan Crisóstomo, es mayor que la de de todos los estatuarios.

el más diestro? Hagámonos, pues, cuenta que se nos confía un Alejandro desde su infancia para que le enseñemos, empeño que merece tanto cuidado (aunque para cualquiera padre la enseñanza de su hijo es de igual aprecio); en este caso, ¿me avergonzaría yo de darle el más breve camino para instruirle, aun en la cartilla?

V. Por lo menos a mí no me agrada lo que veo practicar con muchísimos, y es el aprender el nombre y orden de las letras antes de aprender su figura. Embaraza esto el conocimiento de ellas, pues siguiendo después el sonido que de ellas tienen, no aplican la atención a su forma. Esta es la causa de que los maestros, cuando pensaban haberlas fijado en la memoria de los niños, siguiendo el orden que tienen en el alfabeto, vuelvan atrás, y ordenándolas de otra manera, les hagan conocer las letras por su figura, no por su orden natural. Por tanto, se les enseñará a conocer su figura y nombre como conocen las personas. Pero lo que daña en el conocimiento de las letras no dañará en el de las sílabas.

Para estimular a la infancia a aprender no desapruebo aquel método sabido de formar un juego con las figuras de las letras hechas de marfil, o algún otro medio a que se aficione más la edad y por el cual hallen gusto en manejarlas, mirarlas y señalarlas por su nombre.

Pero cuando comience a escribir no será malo grabar las letras muy bien en una tabla para que lleve la pluma por los trazos o sulcos que hacen. De este modo ni errará como en la cera (porque por una y otra parte le contendrán las márgenes), ni podrá salirse de la forma que le ponen; y, por otra parte, siguiendo con velocidad y continuación huellas fijas, afirmará los dedos, no necesitando de poner una mano sobre otra para afianzarla (15). El escribir bien

(15) Esta regla servía para los antiguos, que escribían en tablas

Escaneado con CamScanner

y con velocidad es cosa digna de atención, aunque comúnmente olvidada de la gente de conveniencias, porque siendo el principal ejercicio en gente de letras el escribir, con lo cual sólo se consiguen los progresos verdaderos y sólidos, si la pluma anda lerda, sirve de rémora a la imaginación, y si la letra es imperfecta y de mala formación, no se entiende después, y de aquí resulta el trabajo de dictarlo cuando se haya de trasladar. Por lo cual siempre y en todas partes nos dará gusto el no habernos olvidado de esto, pero especialmente cuando escribamos una carta de cosas que no conviene que otro sepa o bien a algún amigo.

En las sílabas no cabe compendio, sino que todas se deben aprender, y no se debe dilatar el conocimiento de las más dificultosas, como hacen comúnmente, para que cuando las escriban las puedan distinguir (16). Además de lo dicho, no se ha de fiar mucho de lo que aprendieron los niños la primera vez; antes será más útil repetirlo muchas veces, y no apresurarlos para que al principio lean de corrido, sino sólo cuando junten ya las letras sin tropezar, sin detenerse, ni pensarlo mucho; y entonces, uniendo las sílabas, tomarán toda la palabra, y después comenzarán con ellas a formar oración (17), porque es increíble cuánta de-

y otras materias duras, y con punzones; pero siempre es muy útil para tomar pronta y fácilmente cualquiera carácter de letra. Y adaptándola a nuestra manera de escribir, es lo mismo que si diésemos a un niño una muestra de letra gruesa calada, y primeramente le obligásemos por algunos días a seguir por encima de los mismos trazos, pero con la pluma seca, y después que la pasase con tinta, llenando el calado de la letra. Este método, que no es nuevo, haría al niño en pocas semanas tomar cualquier carácter de letra.

(16) Por este lugar parece que los antiguos primeramente aprendían a conocer las letras, y después a escribirlas. Aprendidas éstas, juntaban las sílabas y toda la palabra, y luego la escribían.—ROLLIN.

(17) De esta autoridad se valen algunos para decir que los antiguos no observaban el mismo método que nosotros para enseñar a leer, que es tomando cada letra por sí, o *deletreando*, como decimos comúnmente, sino que ellos tomaban toda la sílaba entera, juntando todas las que forman vocablo, en esta forma: *con-su-la-do*. Este método seguramente es más compendioso y ocupa menos tiempo, pero como el oído del niño sólo percibe el sonido de la sílaba, v. gr., *con*, viene a olvidarse del de las letras, como se toca por la experiencia; como quiera que es muy distinto el sonido de la letra del de la sílaba. Así hay muchas cosas que a primera vista son buenas; pero tocadas por la experiencia ofrecen inconvenientes.

tención en el leer ocasiona este apresuramiento. De aquí nace el titubear, el pararse y repetir los vocablos, cuando se atreven a más de lo que pueden, desconfiando aun de lo mismo que saben, si en algo llegaron a errar. Ante todas cosas lean correctamente y sin interrupción; pero por mucho tiempo con despacio, hasta que con el ejercicio adquieran leer con enmienda y velocidad. Porque el mirar adelante y echar la vista a la palabra que sigue (regla que dan todos los maestros) no solamente lo enseña el método, sino la práctica, porque al tiempo de mirar lo que sigue, se ha de pronunciar lo primero, y se ha de dividir la atención del alma, cosa muy dificultosa, de modo que una cosa hagan los ojos y otra la voz.

En una cosa no nos ha de pesar el cuidado que pongamos cuando el niño comience, como es de costumbre, a escribir los vocablos, y es que no pierda el trabajo en aquellos que son vulgares, y que ocurren todos los días. Puede al punto ir aprendiendo, mientras se ocupa en otra cosa, la interpretación de las palabras más recónditas de la lengua, que llaman los griegos *glossas*, y conseguir en estos primeros elementos lo que después les ha de llevar algún tiempo. Y supuesto que me paro en menudencias, desearía que los versos que se les ponen por muestra de escribir no contengan inútiles sentencias, sino algún buen aviso (18), por-

(18) Favorece tanto la experiencia a esta observación, que al-

Escaneado con CamScanner

que la memoria de esto dura hasta la vejez. Y fijándose en un ánimo desocupado de otras ideas, aprovecha para formar las costumbres. Pueden también por este género de diversión aprender las sentencias de hombres ilustres y lugares escogidos, principalmente de los poetas, cosas que agradan a la edad pequeña. Porque, como diré en su lugar, la memoria es muy conducente al orador, y ésta se cultiva y afirma con el ejercicio. Y en las edades de que vamos hablando, en que el niño no puede inventar nada, es la única manera de ingenio que puede sacar algún provecho del cuidado del maestro.

No será inútil, para que logren una pronunciación clara y expedita, el hacerlos repetir palabras dificultosas buscadas para este intento, y versos compuestos de sílabas ásperas y que tropiecen (19) entre sí (que los griegos llaman *enredosos*), obligándolos a que los pronuncien muy de priesa. Esto es cosa pequeña a primera vista; pero omitido, cobrarán malos resabios en la pronunciación, vicios que, a no enmendarlos en los primeros años, durarán siempre.

---

gunos a los sesenta años tienen muy presentes aquellas primeras sentencias que contenian los modelos o muestras con que aprendieron en la primera edad.

(19) Como aquel verso antiguo: *Fraxinus, fixa, ferox, infesta infunditur ossis.*—CAMERARIO.

CAPÍTULO II

SI ES MÁS ÚTIL LA INSTRUCCIÓN DOMÉSTICA QUE LA PÚBLICA

I. Refuta las objeciones que se ponen contra las escuelas públicas, y hace ver: 1.° Que éstas nada dañan a las costumbres..., dando al mismo tiempo contra la perniciosa indulgencia de los padres. 2.° Que no dañan al aprovechamiento en las letras.—II. Alega varias razones de las ventajas de las escuelas públicas.

Vaya nuestro niño poco a poco creciendo, salga del regazo de la madre y comience a aprender con seriedad. Lo que principalmente debemos tratar en este lugar es: si es más útil tenerle dentro de casa o enviarle a la escuela pública y encomendar su enseñanza a los maestros, lo que hallo haber sido de la aprobación de los que reformaron las costumbres de las ciudades más grandes y de los autores más consumados.

I. Debo decir que hubo algunos que estuvieron contra la pública enseñanza, a los que les mueven dos razones: La primera, el atender más a las costumbres, evitando el que se junten los niños con aquella multitud de otros sus iguales, que son más propensos al vicio; ¡y ojalá que fuese vana la queja de que éste fué muchas veces el origen de ruines procedimientos! La segunda es que cualquiera que sea el maestro, éste ha de emplear más tiempo con uno sólo

Escaneado con CamScanner

que con muchos. La primera razón es más bien fundada, porque en el caso de aprovechar las escuelas para el adelantamiento y dañar a las costumbres, tendría por mejor el vivir bien que el salir muy consumado orador. Estas dos cosas, según mi juicio, andan unidas y son inseparables la una de la otra. Porque ni yo tengo por buen orador al que no sea hombre de buena vida, ni lo aprobaría, aun cuando pudiese lograrse lo contrario. Tratemos, pues, primeramente sobre esto.

1.° Piensan que las costumbres se vician en las escuelas públicas, porque algunas veces sucede; pero lo mismo sucede en sus casas, y hay mil ejemplares, tanto de haberse perdido la fama, como de haberse conservado con la mayor pureza en una y otra enseñanza. Toda la diferencia está en la índole de cada uno y en el cuidado. Dame un niño inclinado a lo peor y un padre omiso en inspirar y conservar la vergüenza en los primeros años, y aunque esté solo tendrá ocasión de ser malo. Porque no sólo puede suceder que el maestro privado sea vicioso, sino que no es menos arriesgado el trato con criados y esclavos malos que con gente de noble condición, pero de poco recato. Pero si es de buena índole, y el padre es vigilante y no se duerme en su obligación, se puede elegir para maestro el de mejores costumbres (en lo que la prudencia debe poner el mayor empeño) y la mejor escuela, y poner, además de lo dicho, por ayo del niño un hombre amigo y de gravedad o un liberto fiel, cuya inseparable compañía haga mejores a los que temíamos se perdiesen.

Fácil cosa era el remedio de esto; pero ¡ojalá no corrompiéramos nosotros las costumbres de nuestros hijos! Desde el principio hacemos muelle la infancia con regalos. Aquella educación afeminada, que llamamos condescendencia, debilita el alma y el cuerpo. ¿Qué mal deseo no tendrá cuando grande, el que no sabe aún andar y se ve ya vestido de

púrpura? Aún no comienza a hablar, y ya entiende lo que es gala y pide vestido de grana. Les enseñamos el buen gusto del paladar antes de enseñarlos a hablar. Crecen en sillas de manos, y si tocan en tierra, por ambos lados hay criados que los levanten en los brazos. Si prorrumpen en alguna desenvoltura mostramos contento de ello. Aprobamos con nuestra risa, y aun besándolos (20), varias expresiones que se les sueltan, que aun en medio de la licencia de Alejandría serían intolerables (21). No es extraño: nosotros se las enseñamos y a nosotros nos las oyeron. Resuenan en los convites cantares obscenos, y se ve lo que no se puede mentar. Hácese costumbre de esto, y después naturaleza. Aprenden esto los infelices antes de saber que es malo. Así es, que siendo ya disolutos y viciosos, no aprenden el vicio en las escuelas, sino que lo llevan de sus casas.

2.° Pero en el estudio, dicen los contrarios, hará más un maestro con un solo discípulo. Ante todas cosas nada impide que este niño (sea quien sea) aprenda también en la escuela pública. Pero aun cuando ambas cosas no se pudiesen lograr, siempre antepondría la luz de una junta de niños buenos y honrados a la oscuridad de una enseñanza clandestina y doméstica. Porque el maestro, cuanto más exce-

(20) Póngase el hombre más sabio del mundo, y de mejor modo de pensar, a formar un plan de cristiana educación, y veamos si puede dar reglas más adecuadas que este hombre pagano, para un punto de tanta consideración. No se ocultó a la observación de este hombre, tan amante de la niñez y versado en manejar la tierna edad, ninguno de aquellos vicios que, siendo fruto de una crianza libre y disoluta, se achacan comúnmente al trato con los demás niños; siendo innumerables los ejemplos que tenemos de malograrse la buena doctrina de las escuelas con los malos ejemplos que sin ningún recato ofrecen los padres a los hijos.

(21) El regalo, lujo y desenvoltura de Alejandría, ciudad asentada junto al Nilo, era tanto, como dice Julio César (*Guerra civil*, libro III, cap. 110), que quedó como en proverbio la *disolución alejandrina*.

Escaneado con CamScanner

lente, gusta de muchos discípulos, y tiene su trabajo por digno de lucir en mayor teatro. Si el maestro es limitado, no lleva a mal emplear su trabajo con un solo discípulo, haciendo oficio de ayo, porque conoce su insuficiencia (22). Pero demos que alguno por favor, por amistad, o porque tiene posibles para ello, tome para maestro peculiar de su hijo al hombre más sabio del mundo; ¿por ventura ha de emplear con él todo el día? ¿O puede ser tanta la atención del discípulo, que no se canse, como sucede con la vista, de mirar a un solo objeto? Mucho más cuando el estudio requiere mayor retiro. Y no siempre que el discípulo aprende de memoria, escribe o compone, está presente el preceptor, antes suele impedir estas tareas la presencia de otro. Y no todas las tareas del discípulo necesitan de la explicación y guía del maestro, pues de este modo, ¿cuándo lograrían el conocimento de tantos autores? Y así hay ocasiones en que se les echa tarea para todo el día, en lo que se gasta poco tiempo; pues lo que se enseña a cada uno, aprovecha también a muchos. La mayor parte son de tal naturaleza, que todos las aprenden a una vez. Paso en silencio la distribución de la materia para las composiciones y las declamaciones de los que estudian retórica, en las que el fruto que todos sacan es igual, por muchos que sean los discípulos. Porque no sucede con la voz del maestro lo que en un convite, que cuantos más son los convidados tocan a menos; sino como el sol, que siendo uno solo, a todos alumbra y calienta igualmente. De la misma manera cuando un maestro de gramática haga una disertación sobre la manera de hablar, cuando trata una cuestión, expone un historiador, o explica algún poeta, aprenderán tantos cuantos oigan.

(22) Los mayores patronos de la enseñanza privada, y enemigos declarados por comodidad propia de las escuelas públicas, son cierta clase de maestros, cuya ciencia, limitándose por lo común a saber mal escribir su nombre, o voltear de siete modos una oración gramatical, están bien hallados en los rincones de una enseñanza privada, porque su corta vista no aguanta el resplandor de públicas concurrencias. Esta secta ya cuenta muchos años de antigüedad en el mundo.

Pero a lo menos, dirán, el mucho número impedirá corregir las composiciones y la explicación del maestro. Haya enhorabuena en esto algún inconveniente (porque ¿dónde no le habrá?), pero este daño se recompensa con otras ventajas que luego diremos: porque no quiero yo que se envíe al niño donde esté abandonado. Ni tampoco el maestro, si quiere cumplir con su obligación, se cargará de más discípulos que los que puede enseñar, y lo primero que se deberá cuidar es el tener amistad y trato con él, y que no tome la enseñanza por oficio, sino por afición. De este modo nunca habrá confusión. Ni dejará el maestro, si tiene alguna instrucción, de fomentar por honor suyo a quien ve que es estudioso y de talento. Pero así como se han de evitar las escuelas muy numerosas (a lo que no me inclino, si hay razón para que acudan tantos a alguna), así tampoco prueba esto que deba huirse de la enseñanza pública, porque una cosa es huir de ellas y otra hacer elección de la mejor.

II. Ya que hemos refutado las opiniones contrarias, pongamos la nuestra. Lo primero de todo, el que ha de seguir la elocuencia, y ha de vivir en medio de grandes concurrencias, y a la vista de la república, acostúmbrese desde pequeñito a no asustarse de ver a los hombres, y a no ser encogido con una vida oculta y retirada. Ha de explayar y levantar el ánimo, el cual con el retiro, o se debilita y se amohece (para decirlo así), o se hincha y engríe por una falsa persuasión. Preciso es que se tenga por muy grande hombre el que no se compara con nadie. Además de esto, cuando se ha de manifestar lo que se sabe, se ofusca la vista con tanta luz, y todo se le hace nuevo; como que aprendió solo y retirado lo que ha de hacer entre muchos.

Escaneado con CamScanner

Dejo a un lado las amistades, que trabadas como con lazos de religión, duran hasta la vejez; porque el tener unos mismos estudios no es menos estrecho vínculo que profesar una misma religión.

Pues si se le aparta de la sociedad, que es natural no solamente a los hombres, sino a las mismas bestias mudas, ¿dónde ha de aprender aquel conocimiento que se llama común? (23).

Juntemos a lo dicho, que en sus casas sólo aprenderá lo que se le enseñe a él; pero en las escuelas lo que a otros. Todos los días oirá aprobar unas cosas, y corregir otras. Aprovechará con ver reprender la pereza de unos, y alabar la aplicación de otros: con las alabanzas cobrará emulación; tendrá por cosa vergonzosa quedar atrás de los iguales, y por honra exceder a los mayores. Todo esto sirve de espuela a los ánimos, y aunque nunca es buena la ambición, ordinariamente es origen de cosas buenas. Hallo que mis maestros no en vano observaban una costumbre, cuando repartían los discípulos en varias clases (24); y era el mandar decir a cada uno por su orden, y según la graduación de sus talentos, declamando cada cual en puesto más honroso, según la ventaja que llevaba a los demás. Se daban sobre esto sus sentencias, y cada uno se empeñaba

(23) Entiende Quintiliano por conocimiento común, lo que por otro nombre llamamos *prudencia:* y es aquel modo de atinar en cuanto ponemos la mano. Conocimiento y tino, que aprendiéndose más con el trato que en los libros, en vano le buscaremos en el que, por mucha especulativa que tenga, carece de la práctica, que se adquiere tratando con nuestros semejantes.

(24) Acaso en esta doctrina de Quintiliano ha tenido principio aquella distribución de *clases* y puestos que observan muchos maestros celosos en sus escuelas. Lo cierto es, que este género de honorcillo y premio proporcionado a la edad de los niños, y a la natural inclinación del hombre de sobresalir entre otros, estimula más para el estudio que los castigos inconsiderados e inhumanos, que ha dictado aquel dicho antiguo y bárbaro: *la letra con sangre entra.*

por lograr la palma; pero el ser la cabeza de una clase era la mayor honra. Ni este juicio era irrevocable, sino que en el último día del mes los vencidos tenían facultad de aspirar al mismo puesto. De este modo el superior no aflojaba en el cuidado con la victoria, y el sentimiento estimulaba al vencido a librarse de la afrenta. Y en cuanto yo puedo acordarme, digo que todo esto nos sirvió de mayor espuela para el estudio de la oratoria, que las exhortaciones de los maestros, el cuidado de los ayos, y deseos de los padres.

Pero así como la emulación causa progresos mayores en el estudio, así a los principiantes y tiernos les es más gustoso, por lo mismo que es más fácil, imitar a los condiscípulos que a los maestros. Pues los que están en los primeros rudimentos apenas tendrán valor para aspirar a una elocuencia, que ellos consideran muy superior a sus fuerzas; abrazando más fácilmente lo que está cerca de sí, como acaece a las vides, que enlazándose con las primeras ramas de los árboles, suben hasta la copa. Lo cual es tan cierto, que aun el mismo maestro, si es que prefiere la utilidad a la ambición, debe cuidar, cuando maneja talentos principiantes, de no agobiar con tareas la debilidad de los discípulos, sino tener consideración a sus fuerzas, y acomodarse a su capacidad. Porque a la manera que los vasos de boca angosta no reciben nada del licor que se les envía de golpe, pero se llenan cuando se les echa poco a poco y gota a gota, así se ha de tener cuenta con lo que puede el talento de los niños. Porque si son cosas que exceden su capacidad, no aprenderán nada, como que no alcanzan a tanto. Será útil, pues, tener algunos discípulos a quienes los otros imiten al principio, y después los excedan. Así se irán poco a poco concibiendo esperanzas de cosas mayores.

Añado a lo dicho, que los maestros no pueden hablar con el mismo espíritu y eficacia, cuando oye uno solo, que

Escaneado con CamScanner

cuando les anima la concurrencia de discípulos (25): pues la elocuencia por la mayor parte consiste en el fuego del ánimo. Este es preciso se impresione y conciba las imágenes de las cosas, y se transforme en cierto modo en la naturaleza de lo que tratamos. Finalmente, cuanto éste es más generoso y grande, mayores son, digamos así, los órganos que le mueven. Por donde crece con la alabanza, se aumenta con el esfuerzo, y gusta emplearse en cosas grandes; se desdeña en cierto modo de bajar el estilo del decir, que tanto le ha costado el formar, para acomodarse a un solo discípulo; y por otra parte, levantar el estilo familiar le causa rubor. Y ciertamente, imagínese cualquiera que está viendo a un maestro declamar o perorar delante de un solo discípulo; figúrese aquella disposición, la voz, el modo de andar, la pronunciación, y por último aquel ardor y movimiento de cuerpo y alma y (para no recorrerlo todo) aquel sudar y afanarse cuando habla, ¿no diríamos que padecía algún ramo de locura? Si el hombre no tuviera sino otro hombre con quien comunicar, no habría elocuencia en el mundo (26).

(25) Por esta razón dice Tulio en la oración en defensa de Deyotaro, que dijo en casa de César: *Hablo dentro de una casa particular y fuera de aquella concurrencia y número de oyentes en que suele apoyarse el empeño de un orador.*

(26) Concluye Quintiliano este excelente capítulo, según su costumbre, con una fuerte y expresiva sentencia, dejando como punzados los ánimos.—ROLLIN.

CAPÍTULO III

I. Señales para conocer el talento.—II. Cómo se ha de manejar el ingenio del discípulo.—III. De las diversiones.—IV. No se les debe azotar.

I. El maestro diestro encargado ya del niño, lo primero de todo tantee sus talentos e índole. La principal señal de talento en los niños es la memoria (27); la que tiene dos oficios que son: aprender con facilidad, y retener fielmente lo que aprendió. La segunda señal es la habilidad en imitar, por ser señal de docilidad; pero de manera que esta imitación sea de lo que aprende, y no para remedar el aire y modo de andar de las personas, o algún otro defecto que llame la atención. Pues el que así pretende hacer reír, para mi modo de pensar, no indica buena índole. Sobre todo, el niño bueno será verdaderamente ingenioso: porque no tengo por tan malo el ser de poco talento, como el ser de índole perversa. El niño bueno estará muy distante de ser perezoso y dejado como otros; oirá sin repugnancia lo que se le enseñe; hará algunas preguntas: seguirá por

(27) No pretende que la memoria sea señal de tener el hombre entendimiento u otras disposiciones e ingenios para otras artes, sino que el niño que tenga memoria, tiene mucho adelantado para aprender lo que pide su edad, pues por la mayor parte depende de esta potencia.

Escaneado con CamScanner

donde se le lleve, pero no se adelantará (28). Aquella especie de ingenios, que a manera de frutas se anticipan, nunca llegan a sazón. Estos hacen con facilidad cosas pequeñas, e impelidos de su mismo ímpetu, al punto manifiestan lo que pueden en ellas; pero finalmente no pueden sino lo que no tiene dificultad: hablan mucho, y sin cortarse: no hacen mucho, sino pronto; cuanto dicen es cosa sin solidez y muy superficial: son muy semejantes a las semillas que quedaron encima de la tierra, que al punto nacen; y como la hierba que, echando la espiga, se agosta antes de granar. Causa gusto, es cierto, el ver estos adelantamientos en años tan cortos, pero paran después, y cesa la admiración.

II. Cuando esto se note, véase cómo se han de manejar en lo sucesivo los talentos del discípulo. Hay algunos flojos, si no los aprietan: algunos enójanse de que los manden. A unos el miedo los contiene, a otros los hace encogidos. Hay talentos, que si algo aprovechan, es a fuerza de machacar en algunas cosas; otros hay que dan el fruto de pronto. A mí denme un niño a quien mueva la alabanza, la gloria le estimule, y que llore cuando es vencido. A éste la emulación le servirá de fomento, la reprensión le hará mella, el honor le servirá de espuela, y nunca temeremos que dé en la pereza.

III. Pero a todos se les debe conceder algún desahogo, no solamente porque no hay cosa ninguna que pueda sufrir un continuo trabajo (pues aun las mismas cosas insensibles e inanimadas a veces alguna vez, para no perder su fuerza), sino porque el deseo de aprender depende de la voluntad, donde no cabe violencia. Y así vuelven después a la tarea con mayor empeño, después de tomar ánimo con la diversión, y aun con más gusto; lo que no sucede en lo que hacemos por necesidad. No llevo a mal el juego en los niños, porque esto es también señal de viveza; ni puedo esperar que estando siempre tristes y melancólicos, puedan levantar el espíritu para el estudio, cuando lo tienen caído en cosa tan natural a aquellos años. Haya sin embargo tasa en la diversión; de manera, que ni el negarles este desahogo engendre en ellos fastidio en el estudio, ni siendo demasiado los habitúe al ocio. Hay también algunos juegos, que sirven para aguzar el ingenio de los niños, poniéndose unos a otros para emulación suya algunas dudas sobre cualquiera materia. Descubren también ellos sencillamente en el juego sus inclinaciones, para que sepamos que no hay edad tan tierna que no aprenda al punto lo que es bueno y malo; y que entonces se le ha de ir formando, cuando no sabiendo fingir, muestra docilidad para aprender. Lo que llegó a endurecerse con algún torcimiento más fácil es romperlo que enderezarlo. Desde el principio se le ha de enseñar al niño a no obrar con pasión, con torcimiento o desenfreno, teniendo siempre presente aquello de Virgilio (*Georg.*, 2.272):

Tanto vale en los niños la costumbre.

IV. El azotar a los discípulos, aunque está recibido por las costumbres, y Crysipo no lo desaprueba, de ninguna manera lo tengo por conveniente. Primeramente porque es cosa fea y de esclavos, y ciertamente injuriosa si fuera en otra edad, en lo que convienen todos. En segundo lugar, porque si hay alguno de tan ruin modo de pensar que no se corrija con la reprensión, éste también hará callo con

(28) La mejor señal de ser un niño de talento, es aprender prontamente y sin repugnancia lo que se le enseña; ir con la penetración acompañando y siguiendo, digamos así, los pasos de la doctrina del maestro; pero no es bueno que se adelante en ciertas ocurrencias, preguntas y reflexión sobre su edad: porque aunque esto prueba talento, pero al cabo es fuera de tiempo, y como dice después, no suele llegar a sazón.

Escaneado con CamScanner

los azotes, como los más infames esclavos. Ultimamente, porque no se necesitará de este castigo, si hay quien les tome cuenta estrecha de sus tareas. Mas ahora parece que de tal suerte se corrigen las faltas de los niños cometidas por el descuido de sus ayos, que no se les obliga a hacer su deber, sino que se les castiga por no haberlo hecho. En conclusión, si a un niño pequeñito se le castiga con azotes, ¿qué harás con un joven, a quien ni se le puede aterrar de este modo, y tiene que aprender cosas mayores? Añadamos a esto, que el acto de azotar trae consigo muchas veces a causa del dolor y miedo cosas feas de decirse, que después causan rubor: la cual vergüenza quebranta y abate al alma, inspirándola hastío y tedio a la misma luz. Además de lo dicho, si se cuida poco de escoger ayos y maestros de buenas costumbres, no se puede decir sin vergüenza, para qué infamias abusan del derecho y facultad de castigar en esta forma los hombres mal inclinados, y cuán ocasionado es a veces a otros este miedo de los miserables discípulos. No me detendré mucho en esto: demasiado es lo que se deja entender. Por lo que baste el haber dicho, que a ninguno se le debe permitir demasiado contra una edad débil, y expuesta a la injuria.

Ahora comenzaré a tratar de las artes en que se le debe instruir al que se le va formando de este modo para la oratoria, y por dónde se debe comenzar en cada edad.

CAPÍTULO IV

DE LA GRAMÁTICA

I. Alabanzas de la gramática.—II. Tres propiedades del lenguaje: corrección, claridad y elegancia.—III. Para el lenguaje se atiende a la razón, a la autoridad, a la antigüedad y a la costumbre.—IV. De la ortografía.

El niño que aprendió ya a leer y escribir, lo primero que debe aprender es la gramática, bien entendamos la griega o la latina, aunque yo gustaría que primero se estudiase la griega. El mismo método hay para la una que para la otra. Reduciéndose, pues, este estudio a dos cosas tan solas, que son: saber hablar y explicar los poetas, más es lo que encierra en el fondo, que lo que manifiesta. Porque el escribir va incluído en el hablar, y la explicación de los poetas supone ya el leer correctamente, en lo cual se incluye la crítica. De ella usaron los gramáticos antiguos con tanto rigor que, no solamente censuraban los versos y libros de títulos supuestos, tomándose la licencia de quitarles el nombre del autor que, a su parecer, falsamente llevaban, sino que a otros autores los redujeron a ciertas clases, quitando a otros de este número (29). Ni basta el

(29) Habla sin duda de la crítica con que fueron reduciendo los autores a las edades de la lengua latina, dejando para la de hierro y barro a los de peor nota.

Escaneado con CamScanner